los pies del Supremo Hacedor; y viendo que los amores humanos son ilusorios y engañosos, que Dios es el único amigo fiel que no hace traición ni abandona jamás, había acrecentado su amor, ayudada por los dolores y por la desaparición de todas sus ilusiones. Cuando llegó á la maternidad, después de gustar ligeramente en la cuna de sus hijos los placeres del amor correspondido, bien pronto inquieta ya por la salud espiritual de Agustín, y faltándole el apoyo de Patricio, entrégase á Dios como á su única esperanza; y durante treinta años fué el Señor único confidente de sus temores, de sus angustias, de sus esperanzas y de sus amargas previsiones. En todo ese tiempo, los agudos gritos que lanzaba al cielo, sirvieron para aumentar su amor, esforzándose en amar más y mejor, para conmover así el corazón de Dios: y al presente, que había ya triunfado y era madre afortunada, vertía aún lágrimas nuevas y de naturaleza desconocida: ¡Ah! ¡Quién podrá expresar la grandeza de su amor á Jesucristo! Cada dolor, cada aflicción, cada esperanza, cada temor, cada alegría le había aumentado en el alma de Mónica; y, si cada año variaba de forma, era para crecer en intensidad. Así que, pasaba horas enteras al pie de los altares, comulgaba todos los días con creciente amor, y ahora que el manantial de lágrimas amargas se había agotado, derramaba á los pies del Salvador otras consoladoras y dulcísimas que no habían de cesar jamás, porque era el amor quien las vertía, y el mismo amor quien las recogía.

Pero lo sobremanera bello que había en la Santa, era que su amor á Jesucristo y su amor por Agustín se habían identificado. Ambos amores que ocupaban su corazón, se habían desarrollado fundiéndose en uno solo durante el curso de la vida, de modo que nunca pensaba en Jesucristo sin pensar en Agustín, jamás miró á Agustín sin mirar á Jesucristo; y si Mónica había sufrido tanto, y su corazón había sido tan destrozado, fué porque Jesucristo y Agustín, el único objeto de su amor, estaban divididos. Por esto, al ver ahora que Jesucristo era amado de Agustín, experimentaba una alegría indecible, y la que no pudo morir de pena, estuvo expuesta á morir de alegría.

Mónica había tenido ya algunos éxtasis en la oración, es decir, ciertos toques de la gracia, mediante los cuales Dios se apodera del alma y la saca de sí, no dejándole más que la facultad de contemplar y amar: después del bautismo de Agustín, éstos fueron más frecuentes. Tan embriagada estaba á veces, que pasaba el día entero sin hablar ni preocuparse de lo que

había en su derredor, gozando interiormente y á solas. Otras veces inundábala el espíritu de tal manera, que perdía hasta el uso de los sentidos y se intentaba en vano sacarla de tan dulce sueño (1), gozando su alma de tan gran dicha, sobre todo cuando recibía la sagrada comunión. El día de Pentecostés, cincuenta días después del bautismo de Agustín, fué Mónica circundada y penetrada de esta luz tan especialmente, que durante el día y la noche siguiente no pudo tomar alimento (2). Observaron sus domésticos y allegados que desde la conversión del hijo, el curso de sus ideas había cambiado por completo; sólo pensaba en el cielo, y fué fácil persuadirse que Mónica no se detendría ya mucho en la tierra.

Nuestros lectores recordarán que Agustín había concebido cierto proyecto, cuando la gracia empezaba á obrar en él. Aun no era cristiano, y

(1) «Tanta ebrietate Spiritus sancti rapiebatur, quod in ea fere per totum diem quiescens, dum esset Rex in accubitu sui cordis, neque vox neque sensus in ea audiebatur. Neque mirum: quia illa pax quæ exuperat omnem sensum, sepeliebat viduæ sensus corporales, in tantum ut vix matronæ nostræ et etiam vicinæ eam pungentes excitare valerent.» *(Boll.,* 4 Maii.)

(2) «Dum in die Pentecostes esset refecta refectione illius panis qui de cœlo descendit, post sumptionem sacramenti tanta satietate repleta fuit, quod per diem ac noctem absque corporali cibo perseveravit.» *(Boll.,* die 4 Maii.)

cansado ya del mundo y de la vida que Dios no llenaba, soñó con una soledad, en la cual acompañado de amigos de su edad, de sus sentimientos y de idéntico gusto por las cosas grandes, pasaría los días dulcemente, alejado del mundo y ocupado en la investigación y contemplación de la verdad; mas, al pensar en la realización de tan bello sueño, apercibióse de que su corazón estaba apegado, que no estaba libre, y que el de sus amigos no era menos esclavo que el suyo: así que el proyecto fué desechado como ilusión irrealizable.

Pero el dicho pensamiento había vuelto á asaltarle tan pronto como recibió el bautismo, pues los grandes obstáculos que se oponían á su realización habían desaparecido. «La hermosura »de la juventud, personificada en rica dama á »quien la naturaleza prodigara brillantes dones »de talento y belleza, y á quien pudiera entre»garse en legítima y santa unión, seguramente »no le mereció una sola mirada (1).» Su corazón sería para Dios, y eso por siempre; sus amigos, tocados como él de la gracia, estaban animados del mismo espíritu: ¿qué obstáculo había, pues, para ensayar el proyecto que, si en otro tiempo ofreció dificultades insuperables, hoy era muy hacedero? Agustín habló de ello á Alipio que se

(1) *Solil.*, líb. I, cap. X.

estremeció de gozo, Navigio aplaudió la idea, Evodio aceptóla igualmente uniéndose á ellos; y Adeodato, que no quería separarse de su padre, excusamos decir si estaría conforme: sólo Mónica pudiera oponer dificultad á este proyecto, pero ella, lejos de hacerlo, debía ser y era, en efecto, la madre, el modelo, el estímulo y la providencia permanente de la pequeña comunidad. Todos pues, estaban unánimes y, en consecuencia, se procedió al primer ensayo de la vida religiosa, que había de producir la *Regla* inmortal de San Agustín.

Vino luego la cuestión del punto donde convendría establecer la comunidad proyectada, y sobre esto no era posible la duda. Mónica, Agustín, Navigio, Adeodato, Evodio y Alipio todos eran africanos, nacidos en Thagaste ó sus inmediaciones; ¿qué podía retenerlos ya en Italia? ¿por qué no volver al país que los vió nacer, al hogar de sus padres, de sus parientes y amigos? ¿por qué no llevar á su patria los primeros perfumes de su fe reconquistada, y veteranos ya, emprender un ardoroso apostolado? No vacilaron. Hacia fines de Octubre (año 387) se dirigieron al puerto de Ostia, buscando medios de trasladarse al Africa.

¡Qué diferencia entre los dos viajes! Tres años antes habían venido cada uno por su lado, separados todos é inquietos: Agustín primero, huyendo de su madre á quien engañara, y llevando el corazón más turbado que la mar que surcaba; después Mónica, siguiendo á su hijo y resuelta á unirse á él, no obstante las tormentas y distancias, y regando con sus lágrimas el camino que Agustín había recorrido: al presente volvían todos juntos, tranquilos, felices, unidos y llevando en sus rostros la expresión y los rayos de una misma luz que reflejaba en un fondo de paz. ¡Y Mónica se había opuesto tanto al viaje de su hijo para Roma! ¡había llorado tanto en la ermita de San Cipriano! ¡había pedido tanto á Dios que sacase á su hijo de Italia, y le trajese al Africa! Ahora veía con perfecta claridad que si Dios no la había escuchado, era efecto de su amor, y que en aquel viaje tan doloroso ocultábase un pensamiento bienhechor y de bondad inmensa. Cosas son éstas que arrebatan el alma, la llenan de consuelo, y hacen que en ciertos momentos se confíe todo á Dios; hijos, amigos, proyectos y porvenir, exclamando con acento de fe verdadera: «Señor, »que veis mejor que yo, y que amáis mucho más »que yo, obrad como os agrade.»

San Ambrosio recibió á los viajeros, los bendijo por última vez, y estrechando á Agustín entre sus brazos, imploró las bendiciones del cielo para un viaje que debía ser tan fecundo como glorioso.